

# PABLO VI



## L'OSSERVATORE ROMANO

ANNUNTIO VOHIS GADIDUM MAGNUM  
HABEMUS PAPAM

EMINENTISSIMUM AC REVERENDISSIMUM DOMINUM CARDINALEM

IOANNEM BAPTISTAM MONTINI

QUI SIBE NOMEN IMPOSUIT

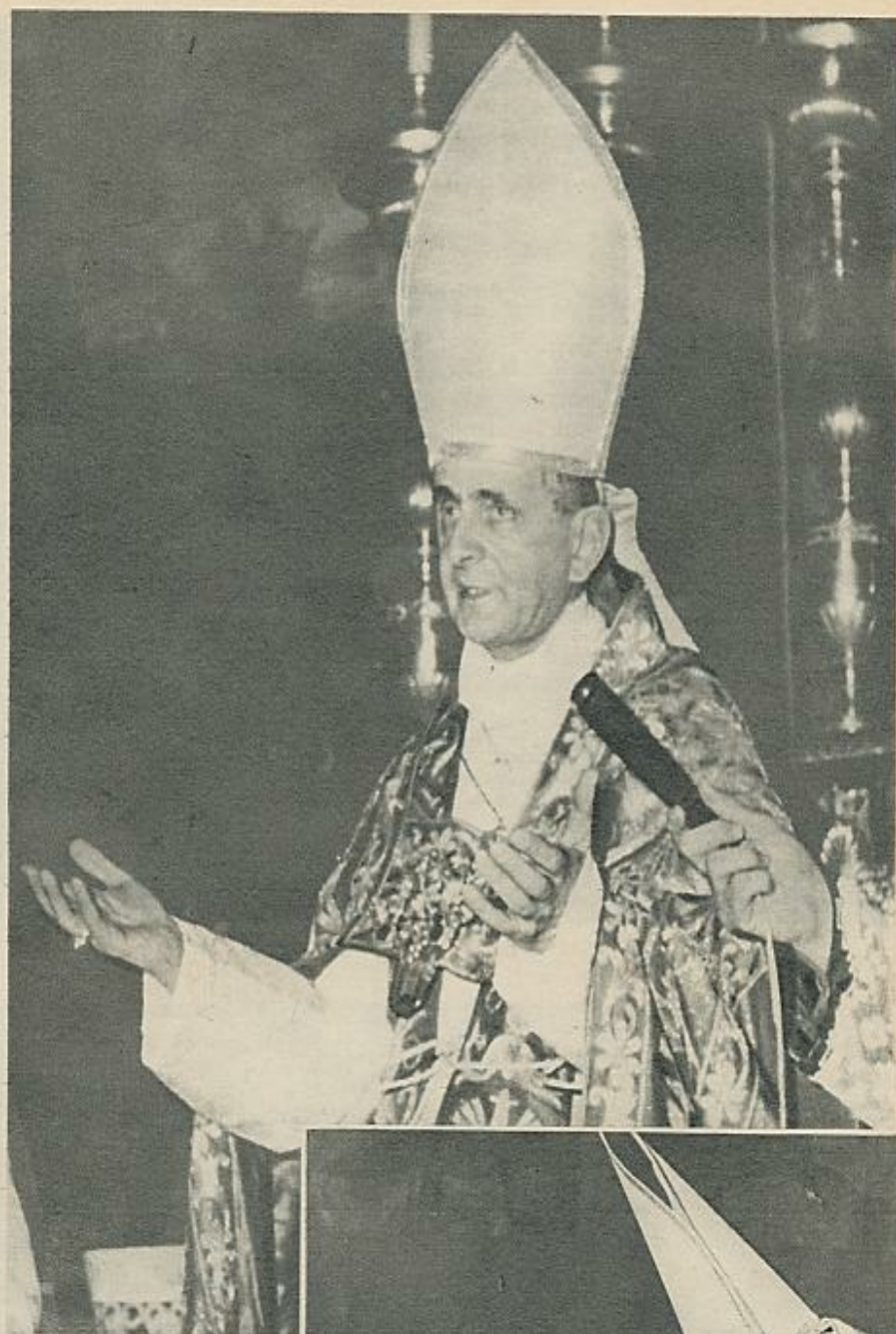
PAULUM VI

PERENNITA'



DEL PAPATO





La primera fotografía oficial, a la izquierda, del nuevo Papa, Pablo VI, ya con la veste blanca de su dignidad. Rodeado de los cardenales que le han designado para regir la silla de San Pedro, Pablo VI conversa con el Decano del Sacro Colegio, Eugenio Tisserant. Arriba: con la mitra de Obispo de Roma, dignidad primordial del papado, Pablo VI se dirige por primera vez a los fieles, a los cristianos todos, a los hombres de buena voluntad del mundo entero, abogando por la paz, la libertad y la justicia, anunciando la continuación del Concilio y dedicando un emocionado recuerdo a su antecesor, el Papa Juan XXIII, de feliz memoria. A la derecha: inmediatamente después se celebró el tradicional acto de «adoración» de los miembros del Sacro Colegio Cardenalicio, que le rinden acatamiento y besan el anillo del Pescador.



SIGUE





Tres fotografías que ya son históricas. Arriba, el joven padre Montini, en su primera época sacerdotal. A la derecha, durante la primera guerra mundial, a punto de ingresar como alumno externo en el Seminario de Brescia. Abajo, la familia Montini en 1920, el día que el nuevo sacerdote dijo su primera misa, en la catedral de Brescia. Con los padres del futuro Papa, aparecen sus hermanos, aún vivos. La vocación sacerdotal de Juan Bautista Montini fue una lenta maduración, casi «tardía».





# PABLO VI

## UN PAPA HACIA EL FUTURO

**E**l viernes día 21 de junio de 1963 teníamos nuevo Papa los católicos. En la primera votación de la mañana salió nombrado Pontífice, el arzobispo de Milán Juan Bautista Montini.

Con voz trémula de emoción se dirigía el cardenal Ottaviani —su contradictor ideológico— desde el balcón que da a la plaza de San Pedro, para anunciar a todos, a la urbe de Roma y al orbe entero, que había nuevo Papa.

Cuando comenzó diciendo: «Os anuncio un gran gozo: tenemos Papa», se le cortó la palabra, en una reacción de emotividad sincera. A los pocos segundos continuó: «Juan Bautista...»; pero entonces fue el público —millares de personas reunidas en la enorme, pero armoniosa plaza de la cristiandad— quien se dejó sobrecoger por el entusiasmo, y sin esperar a más, empezaron a gritar: «Montini, ¡viva Montini!»; y sólo minutos después, pudo continuar el celoso secretario del Santo Oficio, indicando el nombre exacto oficialmente: «Cardenal Montini».

Así quedó anunciada esta gran noticia, no por más esperada, menos deseada por todos los que quieren una seria continuación de lo mucho bueno, e inesperado a los ojos superficiales, que hizo el Papa Roncalli.

La impresión en Roma era enorme. El mundo eclesiástico estaba en ebullición, y, aunque había optimistas a ultranza, todos quedaron sorprendidos por esta decidida y pronta elección del Colegio Cardenalicio. Todos los «pastorales» (preocupados por la adaptación apostólica de la Iglesia a los nuevos tiempos) y los «avanzados» (inquietos por un pensamiento más moderno en ella) querían a Montini; pero nadie creía que la decisión era fácil. Se pensaba que, si salía Papa el arzobispo de Milán, la solución sería rápida; pero no se preveía con seguridad lo que iba a ocurrir. Las cálculas humanas tenían una decidida orientación: Montini; pero sin descartar, ni mucho menos, otras posibilidades; que no eran tan remotas, como algunos pensaban.

\* \* \*

**L**a finura de los periodistas italianos, es única en el mundo. Días antes, por simples indicios, señalaban a Montini como el más probable; y hubo quien anunció que se llamaría Pablo VI. Posteriormente han llegado a reconstruir sutilmente lo que probablemente pasó en el Cónclave.

¿Es que realmente hubo alguna indiscreción que violó la prudencia y secreto que requieren estos asuntos? De ninguna manera; las finísimas antenas periodísticas intuyeron, a través de pequeñísimos y sutiles detalles, cuál podía ser la mente de Montini, y de los cardenales, y casi «telepáticamente» la captaron. El caso es que el nuevo Papa es el arzobispo de Milán, y ha adoptado el nombre de Pablo.

Lo único que no se ha verificado, en esta ocasión, es el dicho romano: «Quien entra Papa, sale cardenal». Porque Montini entró papable, y salió Papa.

\* \* \*

**C**OMENTANDO con algunos amigos romanos, muy conocedores del mundo eclesiástico, me decían que la acción providencial se había palpado en estos días.

El Cónclave tuvo las dos primeras votaciones en la mañana del jueves día 20. La primera suele llamarse votación de «cortesía». Parece (aunque, ¿quién puede saber con exactitud lo que pasa en los Cónclaves, desde que son totalmente secretos?) que es costumbre en un pri-

TEXTO de nuestro enviado especial

**ENRIQUE MIRET MAGDALENA**

NUESTROS SERVICIOS EN ROMA: Información de

**MARIO NATALE, RICCARDO REDDI,  
ANDRE SAS y LUCIO BERZIOLI**

FOTOGRAFÍAS en negro y color:

**ROMA PRESS, PONTIFICIA FOTOGRAFIA  
FELICI y EUROPRESS**

mer escrutinio votar por cortesía a los que uno estima más, sin sacrificar criterios personales al bien general. Después viene la segunda votación, «de convergencia». En ella empiezan a delinearse los candidatos que pesarán más tarde en esta incruenta y pacífica lucha.

Y así continúan, con sus altos y bajos, las votaciones, hasta conseguir el elegido la mayoría requerida de los dos tercios más uno: en este caso un mínimo de 54 votos.

Al parecer —aunque con la misma duda conjetural que antes hemos dejado constancia—, el jueves por la tarde, en una o dos votaciones (pues hay quien interpreta que hubo una sola esa tarde por la hora en que salió el humo negro anunciador del fracaso de la votación), salió elegido Montini. Pero se dice que pidió doce horas para dar lugar a la reflexión; no sólo él personalmente, sino también los cardenales, dada la trascendencia de la decisión.

No olvidemos —contra lo que algunos maliciosos han difundido calumniosamente— que Montini es un hombre fundamentalmente recto, y consciente de su pequeñez como instrumento de Dios para el gobierno de la Iglesia. Bien lo demostró cuando no quiso aceptar, la primera vez que se lo ofrecieron, el capelo cardenalicio.

Y tampoco se olvide que, en hombre realista, querría probablemente que los cardenales fuesen totalmente conscientes de lo que hacían, y estuviesen convencidos.

El resultado —sean cuales fueren los caminos seguidos— fue que el viernes a las once y diecinueve minutos —muy probablemente con una sola votación— salió elegido Montini Papa; y, la creencia de los perspicaces hombres del mundillo eclesiástico romano, es que fue por 79 votos, ya que el voto suyo se lo dio, como era su deber, a otro candidato.

\* \* \*

**P**ARTIDARIOS y contrarios se maravillan al unísono, por la «convergencia» de los votos, tan rápida y general, y por las posturas adoptadas por quienes no se esperaba que cedieran así.

Se dice que el cardenal Micara, el sustituto del Papa en su gobierno de la diócesis romana, con su decidido y valiente apoyo a Montini, dividió el pensar de la Curia; y Spellman —un conservador muy

**SIGUE**



PABLO VI



Monseñor Montini fue nombrado prosecretario de Estado por Pío XII, convirtiéndose en su más íntimo colaborador y persona de confianza, con rango de arzobispo. Fue una época de férvida colaboración y Pío XII le demostró su afecto en repetidas ocasiones.



práctico— y Suenens —un moderado, pero buen realista y buen apóstol— comprendieron en seguida que, habida cuenta de todos los factores, se imponía el volcarse por Montini. El Concilio era preciso continuarlo, el episcopado y fieles de todo el mundo lo pedían, y se necesitaba una cabeza para llevarlo a cabo, que hubiera comprendido, por otro lado, a Juan XXIII. Eran necesarias: la reforma de las leyes de la Iglesia, un poco anacrónicas y excesivamente juristas; la adaptación de la liturgia a las reales necesidades de los diferentes pueblos; el acercamiento a los cristianos no católicos; la distensión de la «guerra de nervios» internacional... Todos estos valores había que mantener y reafirmar, para darles un cauce no sólo positivo, sino constructivo y sólido, que tuviera carácter de permanencia.

¿Quién podía hacer esto? El grupo más conservador de la Curia, que era a su vez el más numeroso dentro de ella, se encontraba incapacitado para ello, a pesar de la buena voluntad y de la nobleza de que han dado muestra en estos difíciles y delicados momentos de la elección. Siri, el cardenal de Génova —candidato, según se cree, de los conservadores—, era hombre dinámico y serio —en sus años juveniles era buen deportista, temible por su táctica avasalladora—, pero sus pastorales de 1959 y 1961 sobre «ortodoxia, peligros, desviaciones y compromisos» hacían comprender cuán alejado se encontraba de las orientaciones menos «apocalípticas» y más optimistas y constructivas de Juan XXIII.

Otros no podían ser, sino figuras de compromiso: Urbani, posible candidato de los «avanzados»; y Tisserant, Castaldo o alguna otra figura análoga, eran posibles candidatos de emergencia de los «conservadores». Así, unos u otros, podían atraer votos suficientes del grupo antagonista, y conseguir una figura, que ellos consideraban suficientemente «segura» para su propia tendencia, con posibilidades fuertes de ser aceptada por los contrarios. Incluso se hablaba de un candidato pastoralmente avanzado, que podían proponer el ala conservadora, para romper la fuerza de Montini, y era Lercaro, el amigo de los pobres.

\* \* \*

**A** las cinco de la tarde del viernes 21 salieron, poco a poco, los cardenales de la Ciudad del Vaticano. Todos mostraban su rostro sereno, y con la conciencia del deber cumplido, al haber luchado primero por el éxito de su propio y personal criterio, y después por haber cedido a lo que se veía claro ser la voluntad de Dios, y el bien de la Iglesia.

Sin embargo, algunas expresiones como la del cardenal Bea, denotaban un gozo incontenible. Saludaba efusivamente a todos los presentes en la plaza de San Pedro, y no podía retener la alegría por el acierto de haber elegido el Cónclave esta línea firme, pero comprensiva y abierta a los problemas de nuestro tiempo, que representa Montini. Se le notaba su satisfacción por ver asegurada su labor «ecuménica» de acercamiento a los hermanos cristianos separados.

Pero quizá lo más emocionante sea la noble —nobilísima— actitud de Ottaviani, que ha defendido siempre una postura divergente de la del nuevo Papa. Estaba satisfecho, alegre y lleno de emoción. He ahí un ejemplo de un hombre de gobierno, bueno, aunque muchos le juzgan demasiado rígido, que ha sabido anteponer, en un momento decisivo para la Iglesia, el bien de ella a sus propios criterios personales, por queridos que le fuesen.

Que Rugambwa —el cardenal negro— esté contento por el triunfo de esta línea avanzada, tan necesaria para la total y sólida cristianización de los pueblos subdesarrollados, es comprensible. Pero que la principal figura del grupo conservador sepa sobreponerse a sus propios criterios, denota la profunda fe de quien vive un catolicismo sincero, aunque algunas posturas parezcan poco adaptadas a las necesidades de nuestro mundo actual.

\* \* \*

**Y** no se crea que todo esto es pura sutileza. Basta volver a leer el discurso que pronunció a los cardenales, antes del Cónclave, sobre sus deberes al elegir Pontífice, monseñor Tondini, secretario de Breves (el traductor oficial al latín de los documentos pontificios redactados en italiano). En él se expresa no un simple recordatorio ético, sino un verdadero programa, en esbozo, difícilmente conciliable con el sentido de los documentos y conducta de Juan XXIII. Las líneas rígidas teológicamente, la visión pesimista del mundo, el temor casi neurótico a los peligros doctrinales, la falta de flexibilidad en la convivencia humana, las daba como normas necesarias para la Iglesia de hoy. Curiosa paradoja la del que por oficio tiene la misión más impersonal que existe (simple transcriptor a otro idioma de una serie de ideas elaboradas por otra persona), y da consejos excesivamente personales cuando llega quizá la ocasión más decisiva de caer en la tentación de exponer sus propios criterios.

\* \* \*

**L**OS italianos tienen la costumbre de poner el apellido tras el cargo pontificio más elevado, como rasgo de familiaridad; pero en el caso de Juan XXIII, fueron un poco más lejos, y se creyeron en la

**SIGUE**



Monseñor Montini, en hábito de «clergyman», en uno de sus numerosos viajes pastorales al extranjero. Es el símbolo de una Iglesia joven y dinámica, animada de una fe inquebrantable, que utiliza métodos de nuestro tiempo.





En su capilla privada del Arzobispado de Milán, la Sede de San Ambrosio, el cardenal Montini oficia su misa cotidiana. En su gesto se adivina una intensa espiritualidad.





Arzobispo de Milán, junto al cardenal Lercaro, durante un congreso católico. Detrás, el profesor Gedda, que fue discutido presidente de la Acción Católica Italiana:

**SIGUE**

En su despacho milanés: junto a la acción se adivina al intelectual cultivado.

Juan XXIII, «párroco del mundo», le creó cardenal. Pablo VI seguirá su estela.





## PABLO VI



Con gesto preocupado, el cardenal Montini se dirige al Cónclave, para convertirse en Pablo VI. No se ha cumplido el tradicional adagio romano: «Quien entra Papa en el Cónclave, sale cardenal», ya que su nombre era el que más insistentemente sonaba como «papable» entre otros nombres eminentes.



obligación de poner a veces su nombre de pila, en vez del apellido, pues les resultaba un Papa más familiar todavía de lo usual. Por eso al Papa Roncalli le llamaban muchos: el Papa Angelo.

Y el Papa Angelo, con esa «bonhomie» que le caracterizaba, no se recató, en una serie de discretos detalles, de apuntar hacia Montini para futuro Papa. (¿Podría ahora pensarse algo parecido, al salir Pablo VI acompañado del belga cardenal Suenens el domingo 23 al balcón de la plaza de San Pedro, ante la multitud que le aclamaba?)

Hay quien dice que la «reservada» actitud de Montini en el Concilio, excepto al final cuando se trató del esquema doctrinal sobre la Iglesia, obedecería a una indicación de Juan XXIII.

También algunos han querido ver, en el discurso fúnebre del cardenal Montini, a la muerte de Juan XXIII, un avance de programa, al señalar con tanta fuerza la necesidad de continuar la línea «roncalliana», y sobre todo el deber de proseguir el Concilio. Pero esto es desconocer el recto carácter del nuevo Papa, el cual es incapaz de ello.

Es hombre intelectual y activo, algunos le tachan incluso de excesivamente autoritario en ocasiones, y otros, por el contrario, de indeciso en determinadas cuestiones. Pero estos rasgos son los que demuestran la verdad de esas dos facetas complementarias de su carácter base, que son tan necesarias hoy en un Papa que se enfrenta con una tarea tan vasta y delicada. Por intelectual no puede hacer como si lo dudoso fuese cierto, y adoptar una decisión sin base doctrinal suficiente. Pero, al mismo tiempo, como hombre activo que es, cuando ve clara una cuestión, no quiere esperar inútilmente, desperdiciando el bien que puede y tiene que hacerse. Sin embargo su experiencia, y su natural delicado, le hacen siempre respetuoso de las demás personas.

Hombre de una personalidad más acusada que Juan XXIII, y más intelectual que él, no se ha aislado como Pío XII, y ha mantenido el constante contacto con la realidad. Su cabeza es lo que predomina; pero hoy la Iglesia necesita de esto.

\* \* \*

**J**UAN XXIII, con su gran corazón, y con el Evangelio en la mano, se lanzó por un camino difícil, que seguramente otro más preparado doctrinalmente, o menos santo, no se hubiera atrevido a emprender. Pero empujada la nave de la Iglesia hacia adelante, necesitaba ésta un buen timonel, que supiera encauzar, y aprovechar al máximo, las posibilidades de reforma de la estructura humana de la Iglesia, y su adaptación a los problemas del tiempo que corre. La doctrina y la personalidad firme, pero respetuosa de los demás, de Montini, parece el camino providencial para terminar la obra que, de todo corazón, empezó el Papa anterior.

Lo curioso es que la alabanza sincera a un hombre que, antes de ser elegido Papa, ha producido algunas suspicacias, es unánime. Las pequeñas voces que, tímida y sutilmente, se elevan por parte de algún periódico extranjero, no suponen nada en el general concierto del mundo, casi tan universal como el del homenaje que recibió Juan XXIII a su muerte. Es curioso leer los periódicos anticatólicos de Italia —«Paese Sera» o «L'Unità»: todos rivalizan en dar una biografía, bastante imparcial y muy favorable, del arzobispo de Milán.

Hasta los más contrarios a la Iglesia Católica, como los cismáticos griegos —que no quisieron asistir al Concilio a pesar de ir los rusos—, han mostrado en el periódico de Atenas «Acrópolis», su gran alegría ante la elección de Montini. Le saludan como el continuador de San Pablo, el apóstol de las gentes; y como quien hará una verdadera labor de acercamiento entre todos los cristianos.

\* \* \*

**M**ONTINI es vocación un poco tardía para su época, en que tan jóvenes entraban en el Seminario, pues entra terminado el bachillerato; licenciado en Filosofía por una Universidad eclesiástica, lo es en Letras también por la Universidad estatal. Sus actos han quedado siempre marcados por esta condición de universitario.

En seguida le hicieron consiliario de la **Federación Universitaria Católica**, y en 1930 lanzó la idea de crear un movimiento de Acción Católica con los graduados que salían de la Universidad, laborando por ella, hasta conseguir que fuese un hecho dos años después, aun sin tener el cargo oficial de asesor religioso, pero siendo el inspirador oficioso de este movimiento apostólico intelectual llamado de los «Laureati».

Su labor en la **Federación Universitaria Católica** le hace enfrentarse con el fascismo, y emprende Montini una decidida oposición a las exageraciones de este movimiento político. Montini no tuvo debilidad alguna con la era «mussoliniana»; y a él se debe, en gran parte, el clima que permitió que Pío XI pudiese poner coto a la dictadura totalitaria fascista con la encíclica «Non abbiamo bisogno».

Cuanto que Pío XI, al enterarse de los conflictos ocurridos para poder celebrar un acto de la F. U. C. I. (el citado movimiento católico uni-



El mariscal del Cónclave, príncipe Chigi, encierra a los cardenales para uno de los Cónclaves más cortos de la historia: duró solamente cuarenta horas.

versitario), se volvió contra monseñor Pizzardo, y le dijo: «¿Así es como se me oculta a mí la realidad?». El Presidente de la F. U. C. I., Righetti, y su asesor eclesiástico, Montini, fueron quienes le hablan explicado previamente el difícil situación de los universitarios católicos.

También, en hombre práctico, Montini había mantenido la idea de que si durante aquel período de Italia era difícil la actuación, plenamente católica, con independencia, era entonces necesario prepararse doctrinalmente para el mundo del futuro próximo, y no dedicarse demasiado infantilmente a organizar complot políticos contra el régimen. Así, pensaba él, que se conseguiría la finalidad que quería Pío XI para la Acción Católica de Italia: «la Acción Católica, aun sin hacer política, prepara a sus adeptos para que hagan buena política, inspirada toda ella en los principios del cristianismo». «La Acción Católica —decía años después Pío XII— no debe entrar en lucha con la política de partido...; pero tan loable como es mantenerse por encima de las querellas contingentes que envenenan las luchas de los partidos..., tan reprochable sería dejar el campo libre, para dirigir los negocios del Estado, a los indignos o a los incapaces.»

**SIGUE**



## PABLO VI



Desde el momento que el Colegio Cardenalicio se constituyó en Cónclave, una inmensa multitud que abarrotaba la plaza de San Pedro aguardó paciente, anhelantemente, los resultados del mismo. Prensa, radio y televisión del mundo entero estaban preparadas para dar la noticia en cuanto apareciera la «fumata» blanca en la chimenea de la Capilla Sixtina, anunciando al orbe que el período de Sede Vacante había terminado. El sucesor de Juan XXIII estaba ya elegido. Esperando este instante, hombres de toda clase y condición se mantuvieron pacientemente, a pie firme, bajo el ardiente sol romano, lo que motivó numerosos desvanecimientos, que fueron atendidos por los servicios de socorro oportunamente preparados para tales emergencias. También existía una fuerte vigilancia para el mantenimiento del orden.







La primera «fumata». Como es tradicional, fue negra. Correspondía a la primera votación, de «cortesía», y a la segunda, de «tanteo», en que ya se perfilan los candidatos.

Ese criterio sensato, pero valiente y claro, fue el norte de Montini en aquellos difíciles años.

\* \* \*

**M**ONTINI conoce la diplomacia vaticana, a través de sus largos años en la Secretaría de Estado (el Ministerio de Negocios Extranjeros de la Iglesia); ha vivido los problemas de la Curia romana, y la necesidad de reforma y descentralización que piden los problemas del mundo actual; tiene gran experiencia pastoral en una diócesis grande y difícil, como es la de Milán; posee una preparación intelectual-teológica, superior a la de los Pontífices anteriores; conoce a fondo la cultura francesa, y es amante de ella; es lo bastante realista para conocer —y no le im-

porta hablar de ello— sus limitaciones humanas; posee un gran espíritu religioso (cuando fue a Milán como arzobispo se retiró unos días a reflexionar con calma y serenidad sobre sus deberes, y dicen que la noche del jueves al viernes la pasó en vela rogando a Dios por el mejor acierto en su difícil decisión); ha aprendido a ser generoso con sus contradictores; y no se asusta ante las audacias de pensamiento, siempre que no rocen al dogma y la moral.

Un Papa intelectual y activo, con experiencia profunda, abierto a lo que debe ser aceptado sin remilgos, y con noble afán pastoral realista; que ha sabido comprender (aun siendo tan distinto) la profunda y oportuna labor de su predecesor, le avalan como el Papa de nuestro futuro tiempo; y no sólo del tiempo actual como fue Juan XXIII. **SIGUE**



## PABLO VI



Los ojos y el corazón del mundo entero estaban continuamente pendientes de la delgada, casi insignificante chimenea de la Capilla Sixtina, que desde lejos apenas se divisa, ahogada por el imponente marco vaticano, coronado de estatuas que hablan de la gloriosa tradición de la Iglesia. Y el viernes, 21 de junio de 1963, segundo día del Cónclave, la «fumata» matutina comenzó a despedir un delgado hilo de humo de color indeterminado, que avivó las esperanzas de todos los presentes. Desde tan lejos, aunque parecía blanco, apenas se podía afirmar. Unos momentos más tarde, ya no había duda alguna: una espesa humareda blanca anunciaba al mundo entero que había sido elegido un nuevo Pontífice. Aún no se sabía su nombre. Pasaría más de media hora hasta que el sucesor de Juan XXIII apareció en el balcón para impartir a los fieles su primera bendición. Pero el júbilo del pueblo estalló en un inmenso clamor: «¡Tenemos Papa! ¡Viva el Papa!».



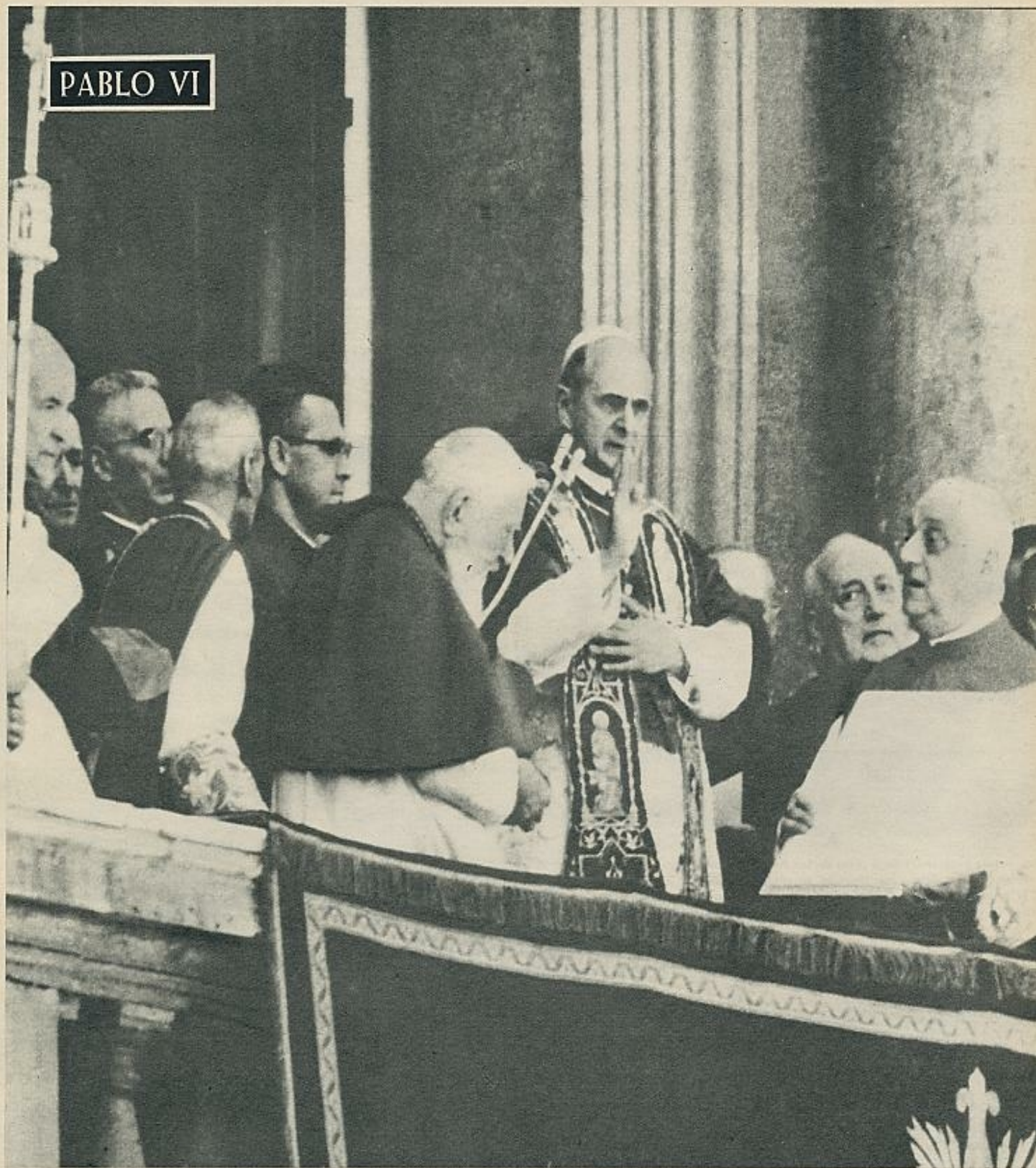


Una pequeña panorámica de la plaza de San Pedro, totalmente abarrotada de enfervorizados fieles, que expresan su entusiasmo ante la aparición de la fumata blanca. Una religiosa muestra expresivamente su alegría porque la silla de Pedro, el apóstol pescador, está de nuevo ocupada.





## PABLO VI



Inmediatamente después que el cardenal Ottaviani, como cardenal Protodiácono, hiciera pública la noticia, con la fórmula de ritual: «ANNUNTIO VOBIS GAUDIUM: HABEMUS PAPAM. EMINENTISSIMUM AC REVERENDISSIMUM DOMINUM CARDINALEM IOANNEM BAPTISTAM MONTINI, QUI SIBI NOMEN IMPOSUIT PAULUM VI», el nuevo Pontífice impartió al pueblo su primera bendición «Urbi et Orbe», rodeado de los cardenales Aloisi Masella, Tisserant y Ottaviani, como Camarlengo, Decano y Protodiácono, respectivamente, así como de los demás purpurados. La alegría de la Iglesia en estos momentos es grande: «Habemus Papam». El llorado Juan XXIII ya tiene sucesor.

UN hombre humilde y sencillo, secretario particular del Papa anterior, ha sido la gran «eminencia gris» de estos días. Me refiero a monseñor Loris Capovilla. Con su menuda y enjuta figura, con su modestia y devoción a Juan XXIII, ha sabido influir profundamente en la difusión y asentamiento de esta corriente de propagación y comprensión del pensamiento que elaboró el Papa Roncalli.

Visitando la tumba de Juan XXIII (a la derecha una corona de plata

regalada por unos orfebres españoles, y a la izquierda el libro de su colaborador Capovilla titulado «Siete Lecturas»), me encontré con este sencillo monseñor, que lleno de lágrimas venía a rezar a la tumba de quien había sido el más fiel colaborador.

Ojalá todos seamos —desde el Papa al último cristiano— tan fieles colaboradores del pensamiento y la obra de Juan XXIII, como este humilde sacerdote. Y eso es lo que se espera de Montini.

FIN



